



GLOSARIO DE PERSONAJES, TÉRMINOS Y FACCIÓNES

No Mundo: escenario de las historias *El ciclo de la Cuadriga*, *La balada del Nunca Amado* y *La canción de la Cuarta Rueda*.

La Profundidad: región subterránea del No Mundo poblada de fatas y mortales. Se divide en dominios, laberintos y páramos. Por estos lugares rondan los monstruos.

La Oscuridad: entidad que vive en la Profundidad. Responde también a nombres como Lo Oscuro y Aquello Más Allá de las Antorchas.

Fatas: raza feérica que escapa de La Oscuridad.

Hombres: raza mortal que escapa de La Oscuridad.

Monstruos: raza que vive en La Oscuridad.

Formas: monstruos de sangre.

Mòrwin: aprendiz de brujo de Dominio Sangre.

Ruùd: fata con nudo de Dominio Sangre. Arconte del dominio.

Cinocéfalo: mesnadero destacado a Montecadáveres.

Jòris: mesnadero destacado a Montecadáveres y capitán de mesnada.

Grùia: explorador destacado a Montecadáveres.

Jàrr: explorador destacado a Montecadáveres.

Làgrimas: asesino destacado a Montecadáveres.

Càliss: puta de Dominio Sangre.

Lÿssej: puta de Dominio Sangre.

Lårsa: fata con nudo de Dominio Sangre.

Bère: hija de Ruùd.

Los Cantares del No Mundo

Sangre en la piedra

Cantar menor

Era de las Tinieblas

Durante el apogeo de la Casa de la Estrige

1

—¡MÁS DURO! ¡ASÍ! ¡ASÍ!

—¡Oh!

—¡Ohhh!

—¡OHHHHH!

Y finalmente, tras una sucesión de torpes embestidas, Maese Cortes, con la diestra aferrada al tobillo izquierdo de Càliss, derramó su semilla. Luego enrojeció como si durar el tiempo que la arena tardaba en cambiar de ampolla fuese un sagrado deber. La meretriz le devolvió la mirada. Él contempló sus senos, sus cabellos —que le daban un aspecto salvaje—, antes de distraerse con el techo de la alcoba. Era la segunda jornada que yacían juntos y la segunda que él terminaba con rapidez. Un problema que menoscababa su orgullo mientras otros veinteañeros se jactaban de su hombría. La puta le cogió la polla tras haberse girado a beber.

—Maese Cortes...

—Mòrwin —la corrigió—. Me disgusta que me recuerden mis defectos.

—Esas cicatrices...

—¿Te gustan?

—La gente dice que te las hiciste tú.

—Es la historia que me dio fama.

«Y, lamentablemente, cierta». En Dominio Sangre abundaban los hombres cortados, mas nadie con un rostro tan marcado como el suyo.

Cuando era niño, el cristal se había movido en su mano ante la mirada escrutadora de su madre, ataviada con armadura. El temblor que le recorriera de pies a cabeza por entonces lo sentía ya lejano, como si el tiempo hubiese curado las heridas, y el resultado había sido un semblante marcado con líneas horizontales, verticales y diagonales por el resto de su vida. Evitó mirarse al espejo cuando alargó la mano para tomar la copa que se llevó a los labios.

—Era un crío enfermo, y ahora soy un lord enfermo a quien rechazan las putas.

«Pero eso terminó tras conocerte».

—Por lo menos disimulas tu asco —continuó Mòrwin.

—Si buscaras mujeres en vez de jovencitas, quizá te harían caso.

—¿Estás segura?

—Les gustan los bronceos, no las caras. Por una buena suma...

—Toda mi vida he cambiado dinero por placer. Por lo menos te gusta mi humor.

—¿Tu humor?

—Eso dijiste.

—Quizá fue por salir del paso. Duermo contigo porque me gustan los críos con problemas para follar.

El comentario le dolió como un sable en el pecho, pero agradecía la sinceridad.

—Te dije que eras horrendo —continuó Càliss— y que...

—Me lo grabara para darme fortaleza.

—No fue exactamente así. Dije que, si tu herida seguía abierta, sería tu punto flaco. También que aceptar tus defectos te haría menos miserable y que quizá no pagarías de nuevo para yacer.

Como era el protegido del lord del dominio, le bastaba con una orden para poder tirarse a cien pelanduscas, mas no se atrevía. En los burdeles era objeto de burlas. Por tanto, bebía en cantinas y andorreaba por senderos con antorchas mientras el vacío lo carcomía ante vorágines frías. Luego se detenía en la última frontera del yermo a preguntarse por qué no se marchaba de dicha región del Abismo.

Las llamas iluminaron a la puta y se notaron sus granos.

—¿Qué estás mirando?

—Eso —le indicó Mòrwin, y una protuberancia reventó.

—Pronto se borrarán.

—En realidad pensaba en lo bien que te sientan.

—¿No me digas? Cuando guardas silencio siempre piensas en teas.

—¿Eso dije?

—Muchas veces.

—Entonces mentí.

Tras hacer el amor prefería conversar de materias que forjaran su reputación. Como añoraba una fama de erudito, recurría a antiguas tablillas que explicaban el valor de las antorchas dispuestas en los abismos desde muchas generaciones atrás. Los Primeros Hombres las habían tallado para no perderse, de modo que los clanes actuales lo seguían haciendo. La gente siempre anheló escapar de La Oscuridad. El fuego era necesario para evitar la muerte ante Aquello Más Allá de las Antorchas.

—Decías que te seducía ir al otro lado —le recordó la puta—, a esos rincones donde nada arde.

—Si desaparezco, nadie me extrañará.

—¿Seguro?

—Madre está muerta, y cuando vivía no daba por mí una mierda. Mi protector es un feérico, y los feéricos, pese a que se encariñan, siempre olvidan.

—Creo que olvidas a alguien.

—¿Y se puede saber a quién?

—A mí.

Las palabras golpearon su corazón, pues sonaron demasiado en serio.

—Si mueres, ¿quién llenará mi cama?

—Gracias por el cumplido, Càliss.

—Eres buen hombre, y un tío manejable. No te hagas ilusiones y no te lastimaré.

—No olvides que las furcias nunca lastiman.

—Lo he oído antes. Muchos chicos con penas han recurrido a mí.

—Mòrwin della Turquète no es un niño. Mòrwin della Turquète es casi un lord.

Càliss sonrió.

—Alcázame una copa, campeón.

Tras dársela se acomodó en la almohada. Tarde o temprano las ganas de marcharse a donde menguaban las llamas lo dominarían. Soltó un suspiro en cuanto ella lo besó. Càliss se sentó sobre sus caderas antes de ponerle la mano en la polla.

—¿Qué haces?

—Vamos, Mòrwin, ¿se te fueron las ganas? Quiero metérmela en la boca.

Ella empezó a chupársela, pero el miembro del muchacho continuó flácido, de modo que torció el gesto y se levantó.

—Lo siento —le dijo.

—¿Está todo bien?

—Nada anda bien. Tengo diecinueve años. Cuando la meto apenas duro y debo esperar mucho tiempo para tener una erección. ¿Qué más puede salir mal?

—¿Que te corten la chorra?

—Càliss.

—Vuelve a la cama. Te traeré extracto de salva y verás cómo se endurece.

—¿Y funciona?

—Creo que nunca te he mentado.

Cuando ella volvió, Mòrwin bebió su infusión y consiguió una erección modesta. Lo hicieron como dos jóvenes que no follaban en lustros. Mientras se amancebaban sobre el catre oyendo sus gemidos, uno tras otro, resaltaban los granos en la espalda de la buscona. Él embistió con torpeza, le enterró las uñas en los barros salpicados en el trapecio mientras chupaba la perilla de la oreja. La peste a saliva se difuminó cuando le miró los cabellos babeados. Las cosquillas en el glande, mientras empotraba, lo obligaban a detenerse, aunque por nada del mundo deseaba parar. Embistió, como un animal tonto repleto de dudas, como un loco, hasta que por obra natural se detuvo agitado, sacó el pene y, tras bajar el prepucio una vez tras otra, y tras otra, ¡y tras otra! —pudieron ser unas veinte—, le salpicó en el vientre su preciada semilla.

Se miraron en silencio. Por fin el joven había eyaculado. Se besaron. La sonrisa de Maese Cortes se borraría después, mas su experiencia con el extracto quedaría marcada para la posteridad. Acordaron verse en doce turnos para revivir su encuentro.

El tiempo transcurrió con lentitud. ¿Cuántas veces en su vida debía pulir bombonas, limpiar alambiques, pipetas o redomas en almacenes donde incubaban telarañas en vez de estudiar el arcaico arte? En el dominio de piedra de los antiguos fatas, en las torres abandonadas en los abismos del No Mundo, quien no era soldado ni minero no era de mucho uso, así que en su tiempo libre investigaba tablillas halladas por la milicia en viejas expediciones al tiempo que bebía un pellejo tras otro. La investigación lo encaminaba por sendas sobre lo arcano y la importancia del fuego, pero siempre terminaba en testimonios de gente sobre Aquello Más Allá de las Antorchas que hablaban de terrenos manchados sangre, carne derretida y montañas de huesos. ¿Quién demonios se habría salvado para tomar nota? La pregunta rondaba su cabeza, pero se desvanecía cuando pensaba en Caliscàia, a quienes los fatas conocían como Càliss dagh'h Laàia.

Cuando la fecha del encuentro entre ambos llegó, Mòrwin aguardó tras los pilares como habían convenido. Se distraía con montoneras de documentos apilados en la escribanía del depósito de armas, se mordía las uñas, salivaba, mas se detuvo en cuanto la furcia apareció caminando a grandes trancos. El brujo Lårsa, famoso fata del dominio y nigromante consulto, la seguía con prisa. El eco de sus pasos resonaba en la estancia, al tiempo que una melena larga se le arremolinaba al caminar. La túnica negra, ceñida con encajes, le daba un porte esbelto, pese al agotado semblante. Càliss no se veía mejor. Buscaba a alguien, probablemente a Mòrwin, pero él prefería aguardar en las sombras como una criatura. Ella se detuvo con una mueca de dolor antes de agarrarse el vientre al soltar un quejido.

«Algo huele mal». Los borceguíes de Maese Cortes se enraizaron al piso y, con el corazón en un puño, vio a Lârsa acercarse a la ramera.

—¿De nuevo pondrás excusas? —le dijo al agarrarla.

—Largo de aquí, hijo de puta —repuso ella y le apartó la mano.

El feérico insistió. Hundió los dedos en el brazo de la fulana para luego soltarla y acariciarle el rostro. Hubo un silencio. Mòrwin oyó su propia respiración. El brujo y la puta se miraron, se acercaron para besarse, aunque en el rostro de ella se dibujaba una mueca de desprecio. El chico sintió ganas de gritar, mas se contuvo al oír el ruido de las lenguas acariciarse mientras Lârsa deslizaba una mano bajo el faldón de Cáliss.

«Se están besando. Probablemente yacerán entre pilas de documentos, y yo tendré que quedarme a mirar».

Sintió vergüenza cuando se le endureció el miembro, hasta que un sentimiento de confusión le aguijoneó el pecho en cuanto el fata se apartó de la mujerzuela. Boquiabierto, la vio escupir un trozo de labio mientras él blasfemaba y se tambaleaba. Goteaba sangre.

«Bien ganado, puto cabrón».

Lârsa aguardó aturdido, la mano en la mampostería, y soltó un rugido y una retahíla de escupitajos.

—¡Maldita criatura! —barbotó.

El empedrado se convertía en una alfombra roja. Los alaridos del fata se prolongaron y este empujó a la manceba con un ataque de furia.

Cáliss chocó con un muro. Soportó el golpe con el semblante compungido, más no arremetió, sino que aguardó en la penumbra mientras el feérico vacilaba al echar venablos por la boca. Mòrwin había oído hablar de mujerzuelas que llegaban a arrancar pollas con los dientes, pero nunca un labio. Se enfocó en Cáliss, de cuyas escápulas chorreaban fluidos, antes de que ella vomitase en el adoquinado.

En ese instante bañado en tinieblas, en ese instante en que aguardaba con el ceño fruncido alejado de los candelabros, Mòrwin tuvo deseos de escapar, pero tanto el pupilo como el maestro echaron raíces en el suelo. Un chasquido de fibras los petrificó, y vieron a la fulana encorvarse al tiempo que se dibujaban líneas en sus mejillas como si algo las cortase. Ella se sostuvo el rostro. La sangre que fluía por las grietas salpicó en cuanto le crujieron los huesos. El cuerpo le tembló y los músculos de su espalda se rompieron para dar origen a otros más duros y renegridos.

El brujo escupió más sangre. Un charco crecía a sus pies mientras la mujer aguardaba con el rostro deformado. Caliscàia renqueó hasta una mesa de donde tomó una daga. Se volvió

y enterró la hoja en el pecho del fata. Cortó en canal, empujó al feérico con desprecio y este se desplomó sobre los archivos con el rostro preñado de confusión. El silencio tiranizó en la estancia hasta que la bestia se volvió a Mòrwin.

«Aquí es donde todo termina. “Maestro y pupilo caen asesinados por la misma mujer”, dirán los putos panfletos».

Sintió que moriría. La mirada de Càliss no era suya, sino de algo que no era ella. Se observaron un rato. Caliscàia se giró hacia el umbral antes de marcharse con lento andar. Lo había ignorado, ignorado por completo, y él permaneció ante el cadáver del brujo de mayor rango de Domino Sangre, tendido sobre un tapete de fluidos.

«¿SE HA IDO?», PENSÓ tras escuchar los rumores cubierto con una frazada.

¿Cuánto tiempo había pasado? Por más que repasaba sus lecturas de los grabados, no recordaba nada en ellos acerca de mujeres transformadas contra su voluntad. Los monstruos rondaban en yermos alejados de las antorchas, no en el dominio. Miró el techo rocoso que separaba a su pueblo de una supuesta superficie, capas de roca pura —probablemente— que aislaban a la ciudad de sombríos laberintos de tierras ignotas. Observó el fuego que ardía en la basura.

Lo confirmó.

«Se ha ido».

La sonrisa de loco se le deformó al tiempo que se esfumaba la imagen mental de su puta. La joven del afrodisiaco con cabellos de fuego y granos en la espalda, aquella que le tejía esperanzas en el amor ya no existía. Càliss, de un momento a otro, estaba muerta, cosa carente de sentido hasta que Mòrwin se rindió ante la realidad. Desde que se escondió en los barrios de los litorales, desde que huyó de las obligaciones en el dominio con el resto de los partidarios de la Casa de la Estrige, las noticias habían crecido como una marea en un laberinto. No solo su puta, también otras desaparecieron la misma jornada que Càliss cambió. Recordarla era desear que volviese a la antigua forma. Esperaba hallarla acucillada en algún rincón oscuro, pero nada cambiaba de estado para regresar a lo antiguo. Los cortes del muchacho habían cicatrizado, mas prevalecían las marcas. Las tablillas no mostraban brujería que ejemplificase un proceso similar. Sintió un dolor en el pecho, como si duros recuerdos lo acuchillasen. Se limpió los mocos, sacó el odre, bebió. Se volvió a la bruma. Las siluetas de dos guardias apostados en la arcada parecían borrosas. Las capas flameaban. Las cotas de anillas les caían con pesadez. Soltaron un panfleto que planeó como una pluma hasta su regazo.

—¿La Guardia de *Brunce*? —indagó con dificultad—. Pensé que estabais *mertos*. Pensé que...

Una roca le golpeó el rostro.

—¡Hey! —dijo—. ¡*Us urdeno...!* —Se detuvo. La lengua empezó a enredársele—. ¡*Us urdeno cuee...*

—Ha bebido demasiado —dijo aquel que lo apedrease. Tomó otro pedrusco y se lo arrojó.

—¡Auch!

—¿Qué haces? —Era el otro.

—Es una oportunidad de oro. Todos desprecian a ese cabrón por su puta suerte, pero nadie se atreve a golpearlo.

—Detente. ¿No sabes que...?

—Descuida, novato. Nadie se enterará.

—Deberíais estar *mertos* —dijo Mòrwin con esfuerzo—. La Guardia de *Brunce*...

—«La Guardia de Brunce, la Guardia de Brunce». —El soldado lo imitó con voz de idiota al acercarse. Tomó a Maese Cortes de la camisa y olisqueó—. Hueles a borracho, pero parece que no olvidas las noticias. ¿También sabes que lord Ruùd te anda buscando?

—¿Mi cadáver?

—En el peor de los casos. Cree que te escondes bajo montones de fiambres. Dice que eres hábil en la manera de los cobardes y que por tu cuenta no regresarás.

—¿Y *cué* harás *ahura cue* me *encuntraste*? —Mòrwin esbozó una sonrisa—. ¿Le dirás *cue* me apedreaste?

—Cùrr... —dijo el otro.

—No digas mi nombre, idiota.

—¿Te *llamuas* Cùrr?

No le respondió. Desvió la mirada antes de refugiarse en las sombras, donde corría un viento refrescante.

—Cuando me recupere *vuoy* a *buscartue* —dijo Mòrwin— y *harué cue* tu *cuabeza* ruede para *cue* te unas con el *ruesto*.

Estaba ebrio, quizá demasiado, aunque razonaba. Tampoco había olvidado las charlas con los borrachos que andaban por las callejas. «Más de cincuenta casquivanas desaparecidas en una jornada y muchos miembros de la Guardia de Bronce asignados a sus prisiones. Una matanza sin precedentes en Dominio Sangre». Un hecho inconcebible del que nadie dio cuenta. El resto eran disparates. Los rumores corrían entre las intrincadas callejas y afirmaban que un

monstruo con la cara destruida había liberado a las pelanduscas. Otros decían que las putas se habían confabulado para huir mientras *aquello* mataba a los guardias. Las descripciones eran diferentes a lo que Mòrwin había visto. Una criatura que renqueaba con el cuerpo velludo y que sangraba a borbotones por las escápulas. También hablaban de sangre negra. Los infundios morían en la última hilera de antorchas que separaba los páramos del resto del No Mundo. Allende el litoral, allende lo oscuro, no quedaba nada salvo eriales, muerte, huesos y antiguos caminos marcados con teas apagadas.

Mòrwin miró el panfleto. Las letras eran borrosas. Alzó la vista ante los soldados. El más alto se armó con una roca, pero el otro impidió que se la arrojara.

—Lo quieren vivo y quiero asustarlo —objetó el primero, que lanzó la piedra al adoquinado, si bien esta se deslizó por la callejuela con un sonido ralo, sin alcanzar su objetivo—. No olvides que, si respira, recibiremos más colmillos.

—¿Me *estué* buscando?

Fue un susurro que los guardias ignoraron. Habían tenido que repetirlo para que prestase atención al detalle.

«Me está buscando», pensó, y media sonrisa se dibujó en los labios. El callejón era tan oscuro que resultaba imposible verlo llorar, pero sus sollozos poblaron el vacío mientras la brisa agitaba los charcos.

LO LLAMABAN FUERTE DEICIDA, y no era para menos. Antes del arribo de lord Ruùd, señor de la Casa de las Estriges, con su sanguinaria Legión de Sedientos, antes de la conquista de Dominio Sangre, en las ruinas subsistían estatuas de los supuestos Dioses de la Profundidad. Las tribus antiguas rezaban a aberraciones enmascaradas con mitras de hueso y brazos humanos, a entes encapuchados con tentáculos o gusanos gigantes con miles de bocas, cuyos templos cayeron con el arribo de las huestes del lord fata Ruùd vaàl Kràisan nagh Rèngel. En la toma del dominio, los estriges lucharon como posesos. Eran hombres de cuerpo magro que bebían la sangre de sus enemigos y soterraron el recuerdo de viejos jefes. Las estatuas enmascaradas con mitras paganas y más de mil brazos se partieron en pedazos, así como el gusano de infinitas bocas repletas de colmillos y la bestia encapuchada con tentáculos. Los bronceos ardieron. Los soldados lanzaron los despojos por acantilados. Una historia famosa en Dominio Sangre que Mòrwin el Cortado, hijo de una loca llamada Hànsa della Turquète, aprendió de niño.

El muchacho subía ahora los peldaños de la fachada y se cruzaba con estriges que bajaban armados con lanzas, espadones, cimitarras. Otros se protegían los cuerpos con coseletes, hombreras cubiertas de escamas y clámides sujetas por fibulas con el emblema de la casa de su señor, un cráneo con dos hileras sobrepuestas de colmillos. Muchos de ellos pertenecían a la Guardia de Bronce, motivo por el cual las muertes en los calabozos le volvieron a la memoria: más de cincuenta caídos en casi treinta pasillos y más de sesenta putas liberadas habían sido las consecuencias de un descuido de vigilancia, y aunque mayordomos, soldados recogedores y capitanes de la guardia acudían a audiencias ante el lord del dominio, Mòrwin no creía que Ruùd lo hubiese llamado por eso.

«Le importo —pensó—. De lo contrario, ¿por qué me haría llamar?».

Se distrajo con un estrige que portaba máscara y un yelmo decorado con cornamenta ramificada. Tras las lágrimas talladas que le daban un aspecto sombrío, un par de ojos lo estudiaban. ¿Por qué siempre se fijaban en sus putos cortes? Y ¿dónde diantres había visto antes a ese soldado? Siguió de largo, al concluir que había juramentado semanas atrás en la plaza de los Colmillos, durante una ceremonia en la que lo bañaron con sangre ante marejadas de fanáticos. Quizá más tarde, en el banquete, el soldado hubiese oído de él. ¿Quién no conocía al hijo de la Loca de la Turquète? Sobre todo, ahora que había caído el brujo.

«Después pude ser yo —pensó Mòrwin—, pero sigo aquí porque la cobardía es una virtud muy grande».

Se estremeció al recordar que todo había iniciado con un bocado en los labios, cuando el feérico besó a la prostituta. Después ocurrió lo inexplicable. La sangre, la muerte, la mirada ardiente de una mujer enferma que había perdido el rostro, y que, después de matar al brujo, lo había dejado vivir.

—¿Nos vemos en semanas y ni te molestas en saludarme? —preguntó Ruùd, que aguardaba ante los brezales. Arqueó las cejas antes de beber de su odre.

—Lo siento, mi señor —repuso Mòrwin.

—Sírrete un poco. Debe de haberte afectado la pérdida.

«No me afectó ver morir a madre. ¿Por qué me afectaría que matasen al brujo?».

Asió un pellejo de la mesa y bebió. Al momento, escupió con un gesto de disgusto.

—¿Qué diablos es esto?

—Bermejo mezclado con sangre. Regalo de los reclutas.

—Me sabe a mierda.

—Como a todos. Lástima que los viejos estriges estén muertos. Ellos apreciaban qué era un buen rojo.

Era claro que Ruùd no hablaba de fatas, sino de hombres mortales.

—Los tiempos han cambiado —dijo el aprendiz—. A los feéricos actuales también les sabría mal.

—No podría estar más de acuerdo. Son unos acomodados que desconocen lo que es conseguir algo por mérito propio. Además, los fatas del dominio creen que venir de buena sangre los hace mejores que gente como tú, incluso que mis escudos y que la Guardia de Bronce.

—Lo dice todo el mundo.

—Porque esa gente ha sudado sangre para escapar de La Oscuridad. Habéis dejado atrás horrores, engendros y otras aberraciones. No en vano muchos de vosotros sois huesos apiñados en las faldas de los montes.

—Yo no escapé de La Oscuridad —respondió Mòrwin—, ni de los abismos ni de los monstruos, por si acaso no te acuerdas.

—Ya, ya, naciste en este lugar, pero, a diferencia del resto, tienes la sangre de tu madre.

«Tarde o temprano me lo dirías. ¿Por qué tienes que arruinarlo?», iba a responder, pero Ruùd le apoyó una mano en el hombro.

—Sé qué piensas decir.

—¿De verdad?

—Te conozco desde que robabas comida cerca de los laberintos, cuando eras un mocoso, pero no te llamé para hablar de temas que tendrías que arreglar solo.

—Como siempre eres sincero, y eso me gusta.

Ruùd le dio un respiro antes de mirarlo con desprecio, como si le molestaran sus palabras. Se acercó mientras el vino le chorreaba por el pecho, una tableta de enjuta carne magullada por viejos golpes. Le sacaba una cabeza de alto. Sus iris eran cetrinos y una maraña de huecos preñaba la parte derecha de su frente y de su mejilla, recuerdo de una maza con púas a la que había sobrevivido. Mòrwin lo conocía demasiado bien, más que a otros estriges de antaño y, aunque el tiempo había fortalecido sus lazos, no eran tan fuertes para que lo viese como modelo.

—Tu madre arribó a Dominio Sangre cuando pensábamos que era imposible sobrevivir —dijo el feérico al retirar su mano—, pero tú estás tan ciego que no entiendes el potencial de tu familia. ¿Crees que en vano le exigí a Lârsa que te ordenara? Hazme el favor, Mòrwin.

—Solo recuerdo que me dijiste que lo espiara porque siempre fue un lacayo despreciable.

—Más que eso, era celoso con su trabajo, un presumido y un cascarrabias. Por tanto, debía tener otro par de ojos vigilándolo.

Tras encender una antorcha, le indicó que se acercara y se dio la vuelta rumbo a un túnel.

—¿A dónde vamos?

—A un sitio donde no has estado antes.

Siempre hubo sospechas de que el brujo no era fiel con el lord del dominio y, ahora que estaba muerto, Mòrwin lo confirmaba. Pasaron por un pasadizo hasta llegar al tanatorio de la ciudad. En la fachada se distinguían cráneos tallados, huesos, rostros partidos, y cuando entraron, el cadáver amarronado de Lârsa aguardaba sobre una mesa.

—Ordené traer sus restos porque merece un crematorio digno —dijo Ruùd—, aunque sobre él recayese la sospecha de la traición.

—Si me lo hubieses dicho antes, habría obrado...

—Eso ya no interesa. Lârsa fue responsable de que mi ejército creciera como la espuma tras la toma del dominio, gracias a su idea de incluir en nuestras leyes un derecho para que los soldados tomaran putas, algo que en su momento me hizo descojonarme. —Lo miró sonriente—. Creí que no daríamos abasto, pero me equivoqué. Lo otro fue su puto nudo con la oscuridad.

—Creí que eras tú el de la oscuridad.

—No he tenido esa suerte, pero a veces debemos conformarnos con los premios que nos da el infierno. —Ruùd hizo una pausa y una rata chilló—. Tener un nudo con Lo Oscuro es un extraño talento, y gracias a ello Lårsa aprendió a cazar horrores mejor que todos, aunque le faltasen huevos para pelear con nuestro ejército.

—Siempre dije que se equivocó al dejártelo, y no me digas que...

—¿Piensas que fue un error?

—Para él, en absoluto.

—¿En serio?

—Seguro que hubiese llegado más lejos que tú, pero hiciste bien tu trabajo y tras todos estos años se notan las consecuencias. Eres el arconte del dominio, te granjeaste no solo el temor, sino el respeto del pueblo, muchas mujeres, y todo lo bueno que supone el poder.

—Así como todo lo malo. —Golpeó la pared mientras caminaban—. La traición y la desconfianza siempre han olido a ramera.

La sonrisa de Mòrwin se desvaneció. En su tiempo de servicio nunca había sospechado que Lårsa no se entendiese con su señor, pero sus ideas palidecieron al seguir el camino. Cerca de las grietas, donde abundaban minerales ferrosos como piedraoscura y espectrita, era un mundo distinto, así que, centrado en cumplir recados o en coquetear con mujeres que huían de la Profundidad, no tenía tiempo para nada, salvo...

La ramera.

«Càliss».

¿Por qué había permitido que matase al brujo? ¿Por qué lo asaltó una conmoción cuando se besaron, y más tarde, por qué el alivio en cuanto el reguero carmesí manó de Lårsa? Una jornada más lejana, en la que unos asesinos acribillaron a su madre durante su niñez, en la que estriges enmascarados vertieron sus pasiones sobre el cadáver de Hànsa, él sintió lo mismo. Mòrwin se había topado con la muerte que pasaba por su lado como si no importase. Cargaba recuerdos de cortes, traumas y oscuridad que crecían en su corazón como un vacío que buscaba por instinto.

Miró las telarañas mientras marchaban cuesta abajo ante ratas amontonadas que no quitaban los ojos del lord. Se cubrió la nariz por el hedor. Lo más parecido era entrar a la forja con los recados. Una vez le entregó a Lårsa un libro de otro recinto y en cuanto corrió la puerta el tufo lo sofocó. Lo mismo ocurrió cuando el feérico descubrió una grieta de donde huían mujeres, hombres y niños. Eran años aburridos, y estar al servicio de un fata que lo quería lejos, que mezclaba sustancias con metales derretidos y desgrasaba cadáveres tras procesos

complejos, no lo hacía mejor. Lårsa era una mierda de maestro al que había deseado cargarse cuando creyó que dormía con Càliss.

—Pensé que estabas acostumbrado al olor —dijo Ruùd al entrar en las ruinas.

—Lårsa nunca me dejaba ir debajo de la forja.

—¿No?

Lo había dicho antes. En consecuencia, no respondió. Agachó la cabeza tras recogerse la túnica. El suelo desnivelado estaba atestado de grietas, como si un terremoto hubiese dejado su huella, y las ratas gruñían a los pies de un ataúd. Quiso apoyar una mano, pero se detuvo ante el calor. Una humareda espesa rodeó el artefacto, de modo que los roedores se marcharon.

—Ahora entiendo. ¿Esto es lo que el brujo escondía abajo?

—Eso creo. —Ruùd levantó la antorcha y las ratas se hicieron a un lado—. Mira.

La cosa que temblaba en un rincón no tenía piel. Los cabellos se le habían caído y unos mechones seguían pegados a su cuero cabelludo. Se cubrió con las manos tras enseñar los dientes, pero se veía tan débil que hasta Maese Cortes podría someterla.

—¿Una mujer? —susurró, y el fuego se agitó.

—Eso parece —dijo Ruùd—. Una en muy mal estado.

Mòrwin aguardó mientras el lord le entregaba la tea. No supo para qué, pero la sostuvo. El fata, con el rostro burlesco, caminó hacia la criatura y se detuvo ante el fuego. Pareció oler su miedo y disfrutar como si viese a esclavos sometidos ante un ente con poder. Una sensación que Mòrwin creía saborear, mas no estaba seguro. Ruùd acarició el rostro de aquella cosa con el dorso de la mano.

—Dicen que los mortales no están hechos para los dioses —dijo antes de volverse al chico—. ¿Crees eso, muchacho?

No pensaba contestarle. Tampoco sabía qué decir, aunque estaba seguro de que el feérico lo veía como un esclavo.

—Supongo que sí.

—Yo creo que se equivocan.

Ruùd tamborileó con los dedos sobre el pecho de la prisionera. Las uñas terminaban en punta y rasgó su carne hasta derramar sangre. Ella tembló. Un líquido lacrimoso resbaló por sus mejillas antes de que el fata le tomara la cabeza con la mano izquierda. Tras sostenerle la tráquea con la diestra, enterró las uñas y dos regueros se derramaron. La criatura dio patadas al tiempo que Ruùd la acercaba a sus labios. Bebió cuanto pudo y, tras acabar, soltó el cuerpo, que se desplomó como una muñeca sobre las rocas. La mirada del feérico era de satisfacción, y

Mòrwin aguardó bajo su sombra. Ratificó que, ante los feéricos, los mortales solo podían rendirse, mas su certeza era tan débil como su valor.

—Pásame el pellejo —dijo Ruùd—. Aún queda sangre.

Mòrwin asintió.

—Como digas —repuso al ver el cadáver, y ese fue el inicio de un camino con espinas que recorrería los días venideros.

LA FORJA HEDÍA A QUEMADO. Mòrwin maldecía ante montones de documentos, sentado en la escribanía. En las paredes, sobre runas grabadas en piedra ferrosa, se formaban sombras de martillos, yunques y tenazas mientras los braseros calentaban la estancia. Durante seis jornadas se había apropiado del recinto, y la pestilencia que procedía de la carbonera contribuía con su mal humor. Era imposible librarse de ella, incluso al cubrirse con estropajos. Las tripas le rugieron antes de que apartase el puchero con vísceras.

«Comida de mierda. Si Ruùd me apreciara, mandaría mejores potajes, pero seguro que está borracho sentado en su silla».

En realidad, el arconte lo estimaba como a un hijo y se había convertido en su tutor antes de que en sus huevos empezaran a brotar los primeros pelos. Gracias a él, aprendió a leer y escribir runas y, aunque no destacase en el arte de la espada, lo entrenó con estriges para pelear con los puños y el arco. No obstante, Mòrwin nunca lo quiso. Creía que Ruùd lo veía como un objeto, así como veía a su madre en vida.

—Nunca confíes en el bebedor de sangre —le dijo ella en una ocasión, y él había obedecido.

A sus once años había visto al feérico despanzurrar a un soldado por contradecirlo. Meses después, violar a dos fatas ante los restos de sus amantes, y cuando se sentaron en torno a una fogata, en un recorrido por los abismos, lo vio estrangular a algo que salió de la negrura. En su rostro se había dibujado una gran sonrisa. «Vivimos en el infierno —había dicho después— y debes aprender a amarlo». No serían las únicas veces que lo vería derramar sangre de monstruo ni de mortal, pues había hundido los dedos en el cuello de la mujer calva. «Los mortales no están hechos para los dioses». ¿No era eso lo que había dicho? Y las palabras se cincelaron en Mòrwin para recordarle que él también lo era y que su madre tenía razón.

Apartó el puchero tras pasar de página. Era uno de los cuadernos de Lårsa. Torció el gesto ante los símbolos.

—No comprendo nada —musitó.

¿Cómo saber qué escribía?

«Algo sabrás. A fin de cuentas, fuiste su aprendiz».

La presión que Ruùd ejercía sobre él lo atormentaba. Desde que lo envió a relevar al brujo, desde que le ordenó quedarse en la forja, supo que su nuevo oficio le costaría, y como antes recogía metales o entregaba recados, no aprendió nada salvo a divertirse con criadas. Se rascó la barbilla. La hermana de Càliss, una sirvienta llamada Lyssej, quien le traía la comida,

le había dicho que desde que Lårsa murió nadie accedía a su carbonera, ni siquiera ella, y que el brujo no se había llevado las llaves a la tumba.

Se volvió a la puerta de la que venía el olor. Seguro que dentro encontraría las piezas que encajaban, mas si no entraba por las buenas, menos por las malas, ya que el portón estaba construido con capas de hierro que ni Ruùd había quebrado pese a golpearlas con garrotes.

Si entraba, ¿confirmaría la tesis de su señor? Era la pregunta que se formulaba para luego responderse que era evidente.

No bastaría con revisar cuadernos, así contuviesen diseños de sarcófagos de piedra ferrosa como el que encontró en las ruinas, manivelas o un sistema complejo con palancas e inscripciones rúnicas. Se distrajo cuando Lÿssej puso el plato con hongos junto a las velas.

—He pensado que tendrías hambre. —Le tocó los hombros por la espalda—. ¿No quieres relajarte?

—Son las palabras de tu hermana.

—Hemos dormido juntos cuando ambos follabais, y nunca dijiste quién lo hacía mejor. Una vez, borrachos, tendidos en la piedra...

—No me acuerdo, y si no me acuerdo, nunca ocurrió. —Le apartó las manos antes de volverse—. Càliss lleva una semana convertida en esa cosa con hocico y vienes a coquetear conmigo. Dijiste que me traerías comida y noticias.

—No tienes que ser grosero, maldición. —Ella caminó por la escribanía. Tenía los mismos cabellos y ojos que la otra ramera, y vestía una túnica traslúcida que ondeó al reclinarsse en la mesa, revelando una silueta igual de incitante—. Las cosas andan mal allá arriba. Los rumores se esparcen.

—¿Los estriges aún piensan que Càliss murió?

—No tienen dudas, ya que eso acordamos.

—¿En serio?

—De mi boca no ha salido nada. Además, solo era una puta.

—Una puta especial.

Fue un susurro apenas.

—¿Especial?

—La puta de Lårsa. ¿Quién no conoce a la puta de Lårsa?

Hubo un silencio mientras la chica fruncía el ceño.

—El brujo nunca se la follaba.

—Y por eso me prefería.

Si Càliss era explosiva, Lÿssej lo era más, aunque entonces se contuvo. Desde que manchó la piedra tenía ojos para él, y una vez le dijo que no iba a perderlo, pese a sus desprecios.

—Ellos no diferenciarían a Càliss de mí —dijo ella después—, pero tú eres distinto. Para los soldados las mujeres del dominio no somos más que un coño con el que apagan sus pasiones, pasada la guerra.

—Y después de un banquetazo, muñeca. ¿Dónde demonios está el vino?

—Sobre la mesa, tras los libros.

Quiso coger la copa, pero se resbaló. Era duro fingir ante alguien que lo apreciaba, si sumaba sus problemas. No toleraría dañarla, a sí mismo, o a ambos, aunque siempre se prefería antes que al resto.

—Mientras los estriges no sepan que Càliss se convirtió en eso —respondió—, todo irá bien. Los soldados no sirven al dominio por su gobernante, sino porque, aparte de comida y techo, disponen de... ya sabes. —«Mujerzuelas», quería decir—. Pero eso cambiará, si descubren que Càliss es el monstruo que se cargó a la guardia.

—Si no mojan la polla...

—No tardarán en llevarse sus armas, creo que te lo había mencionado.

—Y también que era algo confidencial. —La chica torció el gesto—. ¿Por qué me metiste en esto?

—Porque, a diferencia de todos los demás, eres de confiar, creo, y porque un hombre necesita una mujer para contarle sus demonios.

—Los demonios que antes seguro le echabas a ella.

«A ella sí que le echaba algo —pensó Mòrwin con una sonrisa—, pero si te lo digo seguro que te enfadarás».

—¿Cómo se te ocurre? A ella, jamás.

—Supongo que a tu manera debe de ser un cumplido.

—Últimamente se me da bien, pero ahora durante el ocio pienso en por qué se deformó el rostro de tu hermana y en qué andaba metido Lårsa. —En realidad lo sospechaba desde que bajó con su señor a esa mugrosa tumba, cuando comprendió el otro lado de las cosas—. Y para eso, Lÿssej, debo entrar a la carbonera, donde el brujo no dejaba acercarse ni a Ruùd.

—Puedo buscar la llave, si tanto te importa.

—¿Lo harías por un viejo amante?

—Ni por uno nuevo ni por uno viejo. Solo limpiaba esta pocilga. —Se le acercó—. ¿Por qué no sales, te relajas y me dejas hacer mi magia?

—Creía que la hacías con tu boca y en el catre, eso dijiste la primera vez.

—No me acuerdo, Mòrwin, y si no me acuerdo, nunca ocurrió.

Él se rio al comprender que lo imitaba.

—Hace un rato te dije que, si querías, podríamos acostarnos —ofreció la moza.

—Lo sé —dijo él tocándose la cara para sentir los cortes—, pero este asunto es difícil.

Las ideas vuelan desde que te conté sobre el sarcófago y este jodido cargo.

No era lo único que lo tenía intranquilo. Encerrarse en una mazmorra no evitaría aquello que más temía, y si las tropas no daban con Càliss, debería acompañarlos, pues era el único que había visto al monstruo.

—No quiero morir. —Fue un susurró tímido—. ¿Sabes si hay más caídos?

—¿Temes a la muerte?

La mujer sonreía.

«No exactamente, pero me mandarás a tomar por el culo si te digo que es por tu hermana».

—¿Lo hombres no tenemos derecho?

—La gente sigue muriendo arriba, Mòrwin, acostúmbrate. Desde que Càliss liberó a las putas han hallado más cuerpos de mesnaderos y de la Guardia de Bronce. Por cómo pintan las cosas, dudo que algo cambie.

—Supongo que tienes razón.

Se puso en pie y se aproximó. Ella lo miró, dio un paso adelante y sus rostros se acercaron hasta rozarse los labios. Cuando intentó recortar distancias, Mòrwin se apartó y caminó hacia el umbral.

«Cuando vuelva —pensó con la cabeza gacha—. Entonces tendré más tiempo, y si consigues la llave quizá hasta me olvide de tu hermana».

No podría, claro que no podría. Pasado un rato pensó en ambas. Por un lado, Càliss, una leona con melena de fuego que despertaba sus instintos. Y por el otro, Lyssàris, la joven rebelde y de corazón cálido a quien no quería zaherir. Esa jornada, pasado su encuentro, finalmente la abandonó. Luego visitó los pasillos treinta, treintauno, treinta y dos y aquellos donde la guardia fue despachada, ahora custodiados por más de seis hombres por pasaje, armados con luceros del alba. El fuego flameaba en antorchas, pebeteros y braseros. Al pasar por las celdas imaginó los gritos de los caídos, y en cuanto los vigías lo vieron inclinaron la cabeza, mas no precisamente por respeto.

«Ahí viene Mòrwin el Cortado, Maese Cortes, el Protegido del Dominio, hijo de la Loca della Turquète. Mòrwin Cien Mil Padres y Ciento Un Mil Padrastrós», podrían pensar, y era natural.

Si esos cabrones envidiaban su suerte, ¿para qué compadecerlos? Además, si Ruùd moría, querrían matarlo, y los fatas del dominio conspirarían para quitarle sus riquezas. ¿Por qué no lo mandaba todo al abismo y dejaba que Ruùd resolviese sus problemas? Se distrajo con las runas de los Primeros Hombres grabadas en las paredes. Quiso largarse, y más tarde, cuando volvió a la forja, no encontró ni a Lyssàris ni a la grandiosa llave, de ahí que terminase junto a una ruma de papeles arrimados en la escribanía, batallando para no dormirse. Las palabras del feérico junto a la tumba resonaron en su interior. ¿Por qué diantres? El hombre a veces debía rendirse, no importaba si contaba con una Lyssàris para echar sus demonios. Ella oiría sin traicionarlo. Porque lo amaba. Porque en cierta medida era tonta y haría lo que fuera por él. ¿Era correcto mostrarse agradecido? Buscó el odre y bebió sin sacar al feérico y a la tumba de su cabeza, ni menos aún las monstruosidades ocurridas en ese maldito sitio.

RUÙD RESPIRABA JUNTO AL CADÁVER mientras las ratas correteaban. La colonia se acumuló para trepar por su espalda, celajes de humo serpearon por su cintura. Siempre lo precedía la muerte, la sangre, la desolación, mas Mòrwin nunca hubiera esperado que apiolase a la mujer para probar el brebaje rojo.

«Es un bebedor, un bebedor de sangre, como esos antiguos monstruos».

Los chillidos volvían mientras el chico recordaba el blasón de su casa: el cráneo de una estrige con dos hileras de colmillos, raza demoniaca de piel pálida, cuerpo esquelético y membranas de la que el arconte cogiese el gusto por la sangre. Durante un recorrido por Montecadáveres, una región rocosa fuera del dominio, ambos habían hablado de los pueblos abisales, de las estriges y de la eterna Oscuridad, aunque poco se grabase en la cabeza del chico. Inclinarle y oír su voz, mirar sus dientes y una lengua que convocaba tormentos, guerras y marejadas de preguntas le parecía catastrófico.

«Tengo miedo», pensaba de niño, mas no por pueblos que escapasen de las tinieblas para arrimarse al fuego, ni de alimañas que vomitase La Oscuridad. Su temor surgía de supersticiones que había inventado la raza mortal.

—La Oscuridad respira, grita y sufre —repetían los adeptos—. La Oscuridad anida allende el fuego, pero cuando se apaga, incuba cerca. Allá a donde van las ratas para no volver, allá a donde van las ratas, siempre acecha.

Mòrwin tembló al recordar, y reculó cuando Ruùd apoyó una mano en el féretro. El fata cerró los ojos mientras se quemaba, aguardó hasta gritar rodeado de pebeteros apostados en torno a la tumba. Tras retirar la mano, sonrió como quien acaba de tener un orgasmo. La piel se había chamuscado. Una tira de carne bailaba desde la palma hacia abajo. ¿Cuántas veces lo había visto torturarse? ¿Cuántas habían bebido juntos antes de que arrancase de un mordisco la cabeza de un roedor? ¿Y cuántas, tras escupirla, se había partido de risa? Con la mano sana recogió el cadáver por el cogote, se lo acercó al rostro y lo besó.

—Soy la encarnación de la humanidad.

—Probablemente de los más puercos —susurró el muchacho, en vano, pues fue escuchado.

—Es lo que critican muchos —admitió el bebedor de sangre—. Los fatas antiguos quieren que abdique para que otro ponga su culo en la Silla de los Cien Huesos, porque dicen que tu raza y yo nos parecemos.

—¿Pero eso no te gusta?

—No me gusta renegar. Esos feéricos pueden irse a tomar por el culo.

—¿Los conozco? Nunca vi a otro fata que pasee por el dominio que no sea un escudo juramentado ni que tenga los ojos puestos en tu silla.

—Son viejos amigos —respondió Ruùd—, pero dudo que los conozcas y que intiméis mientras vivas. Se trata de fatas arcaicos como yo, y, como casi todo arcaico, moran en la oscuridad sin necesidad de cochinas antorchas. Lo importante —continuó el lord— es que Lårsa ha muerto, y eso me favorece.

—Te deja campo abierto para meterte en tus asuntos.

—Buena observación. Sabes que me fastidia depender de otros, y creo que a algunos en mis zapatos les molestaría. Tras enviar a mis ratas a la forja creí que bastaría para conocer los secretos de Lårsa, aunque más tarde descubrí que él las envenenaba. Luego, cuando te mandé, pensé que averiguarías cosas.

—Era solo un mocosito cuando el brujo me aceptó. ¿Qué esperabas?

—Lo que sea, y seguro que él se dio cuenta, pero no te culpo. Con el tiempo cometí error tras error hasta encontrarme en un estado que rayaba en la demencia. Luego ocurrió lo de su ramera y finalmente murió.

«Murió», quiso repetir Mòrwin, pero la palabra no salió de su garganta.

—Lástima que se llevase sus secretos a la tumba —continuó el feérico—, pues ahora he de averiguarlos por otros medios, antes de que me debilite y de que mis contrarios se enteren.

—Supongo que eso te preocupa.

—Puedes llamarlo precaución. Los cabrones prefirieron a Lårsa porque tenía un nudo que les daba ventajas. En cambio, yo me entiendo con murciélagos y ratas.

—Los hombres te temen, Ruùd. A mí me desprecian por mi suerte y por mi maldita cara. En cambio, acatarán cada uno de tus mandatos.

—¿Y eso qué importa?

—Si una jornada te levantas de mal humor y les ordenas que acaben con los arcaicos, jamás lo discutirán.

—Puede que tengas razón. —Ruùd se mordió las uñas—. Pero no es algo sencillo. Luchar contra los antiguos es enfrentar a La Oscuridad, pues no sabemos dónde andan. Si mi gente se marcha, caerá, y no puedo permitírmelo. —El fata arqueó las cejas, y, casi por instinto, palmeó el ataúd—. Creo que hablamos demasiado de mis problemas. ¿Sabes para qué sirve esta puta cosa?

De pie y en silencio, Mòrwin miró las inscripciones en la tapa.

—Imagino que para enterrar cuerpos o guardar tesoros.

—No —repuso el feérico—. Te voy a enseñar cómo funciona, y luego, para qué se usa. Acércate, hijo, y pon toda tu atención. Estoy seguro de que me lo agradecerás en el futuro.

IGNORABA CUÁNTO HABÍA DORMIDO en la silla. Al empezar a leer los escritos de Lårsa, comenzó a cabecear. El sueño lo vencía tras haber bebido varios odres de vino. Se cogió la panza ante los muros decorados con pieles de monstruos y admitió que el brujo tenía buen gusto. Pasaba las jornadas en el depósito, mas nunca se aburría de las armas en las panoplias. Por un lado, alabardas y bardiches de acero, espectria, metalita, clavelita, condrita y marficoria con punta de hierro ígneo; por el otro, espadas, mandobles, montantes, espadones y bastardas. Había un sitio para las mazas y otro para rodela, broqueles, paveses y tarjas. En un arca con telarañas se acumulaban yelmos de la Guardia de Bronce y en otra unos con cimera piramidal de los Escudos Juramentados. En la esquina descansaba un arcón con grebas, quijotes y hombreras, pero los guantes se guardaban al final. Eran de hierro. Si los usaba en las prácticas, atajaba cortes sin miedo a lastimarse. Una sensación incómoda, mas no tanto como aquella en la tumba ferrosa. Recordó la peste cuando Ruùd dijo que debían triturar muertos para que el féretro funcionase y descendieron a una fosa.

«¿Lÿssei?», pensó al oír un golpe contra el metal, y se desvaneció el recuerdo.

¿Dónde estaba? ¿Y cuándo había dicho que buscaría la llave? Si bien se vieran antes y habían bromeado, comido y bebido como con otras muchachas, sentía diferente.

—¿Lyssàris? —llamó.

El ruido se detuvo cuando una figura se volvió tras una columna. No vestía como puta, sino loriga sin mangas, pantalones y máscara con cimera coronada con astas. Caminó hacia la escribanía. Mòrwin se frotó los ojos para aclararse la visión.

—Los soldados tienen prohibido entrar a esta forja. Número de regimiento y capitán de legión —solicitó.

El hombre oyó, rígido como una estatua. Sus brazos quemados sorprendieron al lord, que movió la silla con el culo. Quiso ponerse en pie, mas permaneció sentado por la altura del visitante.

—Número...

—Cuarenta y siete —atajó el recién llegado—. Capitán de legión, Leugnès.

—Las tropas de Leugnès fueron a cazar hace jornadas, y...

—Volvieron. Con la cuarta llama. —El habla era pausada—. Me enviaron a buscar. A Mòrwin della Turquète. Dijeron que estaba. En Forja Profunda.

«¿Por qué cojones no se mueve? ¿Por qué habla así?».

—Nadie entra a Forja Profunda —repuso.

—¿Mòrwin?

—El estrige del dominio con más cortes en la cara, sí. ¿Eres el nuevo emisario?

—Caèdnes cayó.

—¿Eres el reemplazo?

—Me llaman Làgrimas.

—Eres raro, Làgrimas. ¿Dónde coño te he visto antes? ¿Intentas hablar como alguien normal?

—Define «normal».

Mòrwin sonrió.

—¿Tienes un recado para mí? —preguntó.

—Leugnès murió. Se lo comieron los monstruos.

«Ahí vamos de nuevo».

—La mesnada del este. Se descompuso. Y el capitán segundo. Lòcnes de Lènfer. Te quiere. Con nosotros.

—¿Algo más que saber?

La máscara reflejó el fuego y Mòrwin reconoció el grabado. Era el mismo estrige juramentado con el que se había cruzado al arribar. En ese momento, cuando sus miradas se cruzaron, no pensó que tuviese taras.

—Ruùd dice que lo has visto —respondió Làgrimas, y Maese Cortes frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Yo no. Ruùd dice. Lo has visto.

—¡Mòrwin! —En cuanto la voz de Lÿssej se alzó, cantaron las flamas. La joven portaba una antorcha al acercarse.

—Supongo que el cabo Làgrimas te ha dado noticias —le dijo al soldado—. De Lènfer quiere que vuelvas para confirmar reportes.

—¿En serio?

Movió los ojos hacia la criada y, al aproximarse, se inclinó para mirarla. Parecía un gigante capaz de arrancarle la cintura con la mano. Fue a las escaleras tras un instante de quietud. Mòrwin no pensó que se iría rápido, pero, así como lo encontró, también se esfumó.

—Un tipo raro.

—¿Qué te dijo?

—Apenas pude entenderlo, pero creo que las tropas andan cerca de tu hermana, y que los cabrones me han convocado.

—Los informes de otros abundan. Es distinto a la jornada anterior.

—Son los putos nuevos tiempos.

—La mesnada de Leugnès —siguió la mujer— se desarmó cuando enfrentaron a los monstruos. Muchos han vuelto. ¿De verdad te necesitan?

—Si hay alguno más cerca...

—¡¿No me estás oyendo?!

—Pensaba que solo había uno, joder.

—Han aparecido otros, pero no como el tuyo. Imagino que vas a negarte.

—No quiero ir, Lyssàris. Te lo he dicho hasta hartarme.

—Eso no basta.

—¿Entonces?

—Quiero que te niegues.

—¿Cómo?

—A ir.

«La gente quiere muchas cosas —pensó Mòrwin sonriente—, pero jamás se consiguen todas. No quiero partir y que me almuerce una criatura, pero he de asumir lo que me corresponde. Tu hermana, lamentablemente, yace en el monstruo que mató a Lârsa y a la Guardia de Bronce, si es que *aquello* no la consumió antes».

—No puedo hacerlo —repuso—, y creo que ir es... lo correcto.

—¿Y desde cuándo haces lo correcto?! —Lyssàris torció el gesto. Le tomó de la muñeca por impulso.

—Suéltame. —La voz de Mòrwin era serena—. ¿Qué haces?

—Mòrwin.

—No te entiendo.

—No tienes que hacerlo.

—Ya.

—Es por Càliss, ¿cierto?

«Sí, díselo y sé un experto en destrozarle el corazón».

—Para ti es como si no hubiera pasado nada —le dijo—, porque no estabas ahí, pero de haberla visto convertirse...

—Calla.

—No sé si lo entiendes. Ella mató a Lårsa y a otros cabrones de la maldita guardia, pero al pasar por mi lado me ignoró.

—Estaba oscuro. ¿No dijiste que no te vio?

—Eso hice, pero mentí. Me vio, y después se marchó como si no existiese.

Se extendió un silencio tan sepulcral como breve, que Lyssàris se encargó de romper.

—Eso de ahí fuera no es Càliss, Mòrwin.

—Claro que no.

—Cuando los estriges la vean, cuando las compañías la encuentren...

—La matarán.

—Sí, pero creo que no lo entiendes. Cuando lo hagan...

—¿Es todo lo que tienes que decir, Lyssàris?

—Siempre quedan cosas —se amostazó la furcia.

—Pero no se te ocurre nada. —El muchacho respiró hondo antes de continuar—. Cuando regrese...

—¿Qué harás?

—Por supuesto que no haré nada, pero tú no olvides la llave.

—¿Qué acabas de decir?!

—Que no olvides la...

—¿Eso lo entiendo, idiota! —La mujer lo abofeteó—. ¡La llave! ¡Al diablo con tu mierda de llave!

Permaneció quieto ante la sombra de las panoplias hasta que ella se marchó. Ignoraba cuál de las dos hermanas tenía peor carácter, pero sabía quién le había enseñado a valorarse.

Se palpó las cicatrices. Sintió que lo aplastaba el recuerdo de su madre. Cuando el silencio empezó a cobrar un peso casi sólido, solitario en la sala, supo que enfrentaría profundos miedos y que no vería de nuevo a ninguna de las putas. Fuera del dominio aguardaba La Oscuridad. Los monstruos que nacían de ella, y no importaba con cuántos marchase. El riesgo de no volver, para toda su compañía, sería alto, realmente alto.